

Ideología, discurso, cultura política y poder

Rafael Montesinos*

El objetivo de este ensayo es abordar, desde diferentes ópticas teórico-conceptuales, el papel que juega el discurso en la reproducción de la política, lo cual permite reconocerlo como vehículo de la ideología y, por ello, como instrumento fundamental para el ejercicio de la política. El discurso emerge como la acción mediante la cual se hace posible la competencia por el poder, se plantean críticas y se generan expectativas que, en una lógica de crisis económica, política y social, ofrecen soluciones urgentes para la sociedad. El discurso es una de las mejores expresiones de la cultura política, de tal forma que, para ejemplificar, se considera como referente el papel político que han desempeñado los empresarios mexicanos en el proceso de la transición.

Palabras clave: ideología, discurso, cultura política, poder, transición política, México.

Ideología y discurso político

Uno de los aspectos más importantes en el análisis político es la identificación de los principales actores sociales que luchan por el poder. Sin ello, difícilmente se podría establecer la forma que adquiere la contienda política. Desde luego que un enfoque, hasta cierto punto convencional —aquel análisis cifrado en la lucha de clases que heredó el pensamiento marxista—, nos permite establecer parámetros comparativos mediante la relación de los actores (en este caso las clases sociales en pugna) y su ideología. Sin

* Profesor investigador, Área de Trabajo y Actores Sociales, Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Correo electrónico: moca@xanum.uam.mx

embargo, el concepto de *actores políticos* es más útil para deslindar a la elite que está luchando constantemente por el poder, precisar cuáles son sus instrumentos de lucha y su discurso, con el objeto de acotar la ideología que lo distingue de otros actores y lo que está realmente en juego: *el poder*.¹

Como se puede observar claramente en los escenarios políticos que se encuentran en transición—donde el caso mexicano resulta ser una verdadera escuela para la antropología, la sociología y la ciencia política moderna—, la ideología plasmada en un discurso constituye el referente más exacto y efectivo para identificar a los actores sociales y, sobre todo, para reconocer el *proyecto de nación* por el que luchan, ya que es a partir del discurso que se exhiben en el escenario político las representaciones más significativas para cada actor.

Se trata, entonces, de considerar, grosso modo, el sentido de la transición, lo que ésta implica en cuanto a cambios sustanciales y graduales. Ello es esencial pues, en el caso mexicano, no sólo es posible hablar de una transición gradual que impulsa la clase dominante, sino de una transición marcada por la crisis, es decir, por conflictivas situaciones económicas, políticas y sociales que dificultan su reproducción.

En ese sentido, la ideología es fundamental, dado que todo cambio va guiado por una confluencia de pensamientos respecto a la forma en que ha de resolverse la transformación social de las estructuras. De hecho, podríamos considerar dos ángulos de análisis: uno, la imposibilidad de darle continuidad a las estructuras del pasado, y dos, la crisis de las ideas dominantes que las justificaba y las nuevas ideologías que intentan controlar el escenario político.

La crisis, como rasgo de una etapa del proceso de la transición, supone también una imposibilidad de la ideología dominante para justificar la situación actual que atraviesa la sociedad, y de tal incapacidad deriva la erosión de su posición hegemónica. Después de una confrontación entre las principales fuerzas políticas, la coyuntura permite la confluencia de ideologías que, en principio, presumen un proyecto de nación suficientemente capaz de resolver la crisis. En el caso mexicano se observa cómo la sociedad

¹ Véase, por ejemplo, una sugerente idea respecto del poder y lo político: “Lo político es dimensión intrínseca del lenguaje, coincidiendo con la alteridad histórica; pero, trasladado al plano de lo explícito y deliberado, determina actitudes y actividades que acentúan los contrastes implicados por la alteridad y que, en su conjunto, constituyen la política lingüística. En efecto, la misma alteridad del lenguaje une y opone”. Coseriu (1987: 23).

comienza a tomar conciencia respecto al partido oficial y a la oposición, primero, en 1988, cuando surge la oposición real y en el 2000, cuando por fin triunfa un partido de la oposición.

Esta imagen sugiere sintéticamente que cuando una ideología deja de ser la predominante en un momento específico se genera una situación social abierta a otras ideologías capaces de lograr consensos y de restituir el orden simbólico en el imaginario colectivo. Todo orden está acompañado por una ideología dominante, un conjunto de pensamientos y creencias que lo justifican. De hecho, sería impensable considerar que existe orden sin ideología, pues una de las funciones de ésta es proyectar juicios de valor que definan hasta qué grado una sociedad se encuentra en “orden” o se ha generado un desorden social.

Para el análisis político, la relación entre ideología y realidad es fundamental, pues no necesariamente la primera refleja la segunda, más bien es posible que la encubra, que la realidad aparezca expresada a partir de los intereses de los grupos o clases sociales que la promueven. Ésa es una de las principales funciones de la ideología, ya que lo primero que encubre es el carácter de clase que en ella se encuentra inmerso, obligando, en consecuencia, a distinguir entre los intereses generales de la sociedad y los intereses de la clase dominante. La ideología encubre los intereses de la clase dominante en el proyecto de nación que supone la defensa e incorporación del conjunto de los intereses de la sociedad. Para Thompson:

...estudiar la ideología es estudiar las maneras en las que el significado sirve para establecer y sostener las relaciones de dominación. Los fenómenos ideológicos son fenómenos simbólicos significativos en la medida que sirve, en circunstancias sociohistóricas particulares, para establecer y sostener relaciones de dominación (Thompson, 1998: 85).

Se trata de definir a la ideología no sólo como una caracterización de los actores políticos sino como instrumento de confrontación entre las clases sociales, pues el discurso es, prácticamente, la única acción de los actores sociales que les permite posicionarse en los escenarios políticos, en el espacio público, y, a su vez, determinar el nivel de dominación de un grupo o clase social. De tal manera que ideología significa tanto enunciados como elementos subjetivos que dan forma a los actores políticos. Por ello es que adquiere importancia identificar los discursos primordiales, pues sin ellos, simplemente, sería imposible transmitir una ideología, un pensamiento o cualquier tipo de creencias. En ese sentido, Villoro considera que:

El término de “ideología” no se aplica a enunciados o creencias aisladas, sino a conjuntos de enunciados o creencias, que pueden estar más o menos sistematizados, pueden ser más o menos teóricos y son susceptibles de ser compartidos por un grupo de individuos (Villoro, 1985: 20).

Por otra parte, el discurso juega como vehículo de la ideología, condición que lo hace indispensable para identificar los sentidos, propósitos e intereses concretos de los actores que compiten en el escenario político. De ahí la pertinencia de considerar al discurso como lo sugiere Habermas:

Los discursos son actos organizados con el fin de razonar emisiones cognitivas. Elementos cognitivos tales como las interpretaciones, las afirmaciones, las explicaciones, y las justificaciones son ingrediente normal de la práctica de la vida diaria... éstas, aceptadas ingenuamente primero en su pretensión de validez, se transforman mediante fundamentaciones discursivas (Habermas, 1989: 102).

En nuestra opinión, esta interpretación de Habermas es clave para establecer cómo la ideología, proyectada a partir de un discurso, propicia que la sociedad desarrolle alternativas a la ideología dominante. En el caso mexicano, se puede observar cómo la ideología de la Revolución Mexicana y, por tanto, de la “familia revolucionaria”, predominó en el periodo pos-revolucionario hasta 1982, cuando claramente, en el campo de la economía, se advierte su debacle. El proyecto de nación expresado en el modelo económico sustentó la política de Estado a partir de su participación económica directa y del resguardo de la planta de empleo, que definieron al Estado benefactor que prevaleció hasta entonces.

La ruptura en la transición representa un parteaguas en la discusión sobre la ideología dominante, pues su fractura en el terreno económico se da tanto en el interior como en el exterior de la elite política. La instauración de un nuevo proyecto económico para el país se legitima, por supuesto, a través de la justificación de la fracción de la elite política que había arribado al poder y que en última instancia tomó la decisión de cerrar el capítulo de la Revolución Mexicana (la nueva racionalidad del Estado); y también por una ideología que impera en el entorno internacional como es el ascenso del neoliberalismo, tan de moda en los años ochenta; pero, sobre todo, de manera muy significativa, por la coincidencia entre la racionalidad tecnocrática que se impone en México a partir de 1982, y el

proyecto de nación que los empresarios mexicanos han delineado anteriormente, sobre todo desde 1975 cuando se crea el Consejo Coordinador Empresarial (CCE).²

Esta ruptura ideológica es relevante en dos aspectos: 1) el relativo a un proyecto económico que se agota, y la evidente ideología que lo justificaba, así como la emergencia de un nuevo proyecto económico y la ideología que en lo sucesivo lo justificará. 2) Lo que refleja el ascenso de una nueva clase política al poder, la tecnocracia, y su proximidad ideológica con las elites económicas del país. Esto último manifiesta un resquebrajamiento en el partido oficial, pero, también, la construcción de nuevas alianzas que, de manera supuestamente contradictoria, alcanza a las fuerzas políticas adversas al sistema.

La ideología vista como conjunto de enunciados “sistematizados” es lo que le confiere al discurso de los actores políticos la posibilidad de proyectar ante la sociedad mensajes consistentes y aparentemente coherentes, que puedan ser considerados como proyectos de nación alternativos al que predominaba en la sociedad. Todo grupo o clase social encauzado en el escenario político para competir por el poder habrá de contar, por fuerza, con un discurso mediante el cual establezca contacto con la ciudadanía que, en última instancia, decidirá a cuál opción dar su voto de confianza en los procesos electorales, donde se resuelven formalmente las contiendas políticas.

La coherencia del discurso deberá ser tal que haga aparecer al proyecto de nación al cual dan forma como un proyecto incluyente del conjunto de los intereses de la sociedad, ocultando los intereses del grupo o clase social que lo promueve. Así, la ideología no deberá analizarse a la luz de juicios de valor relativos a la veracidad de los postulados ideológicos refrendados congruentemente con alguna teoría específica, sino a partir de las ar-

² Se trata de comprender la interacción entre todos los espacios sociales, los locales y los internacionales, sólo así se puede reconocer la influencia de los paradigmas predominantes en el mundo sobre lo nacional, cuyo vínculo explica, en muchas ocasiones, las formas que adopta el discurso político de los diferentes actores en un escenario político nacional: “...dado que la historicidad del lenguaje es resultado de creatividad y alteridad y que las creaciones lingüísticas se difunden por adopciones sucesivas en el espacio y en los estratos socioculturales de la comunidad, toda comunidad lingüística mayor abarca una serie de comunidades menores. Ello significa que la alteridad histórica de los hablantes es necesariamente alteridad diferenciada y compleja. Dicho de otro modo, un individuo no pertenece a una sola comunidad, sino, aun dentro de la misma lengua histórica, a una serie de comunidades lingüísticas encajadas, por así decirlo, unas en otras o que se entrecruzan” (Coseriu, 1987: 22).

ticulaciones entre cada una de sus partes, pero, sobre todo, de las alternativas y críticas al proyecto de nación prevaleciente o a la ideología dominante que lo resguarda. Coseriu señala respecto al lenguaje político que:

...es cierto que entre sus procedimientos puede contarse también, si no el simple "ocultar el pensamiento", el falsear intencionadamente las cosas, pero en forma encubierta, es decir, el faltar a la verdad pero con apariencia de decirla y, sea sin posibilidad de verificación de lo dicho, sea amparándose en la posibilidad de que lo dicho se interpreta también de otro modo, en un sentido "inocente" lo cual es lo propio de la insinuación (Coseriu, 1987: 16).

La ideología aparece, entonces, a través de un discurso que se expresa, mediante un conjunto de enunciados articulados, como un gran cuerpo de ideas y creencias sobre la realidad social, sobre el pasado, el presente y, en particular, un futuro alentador que promete la solución a las crisis actuales. En ese sentido, y con el propósito de reconocer la complejidad de la ideología y el discurso de los actores políticos, Villoro sugiere:

La crítica ideológica no consistirá en negar ese enunciado, sino en descubrirlo bajo su sentido confuso; es decir, en rectificar la distorsión, en restablecer el enunciado original detrás de sus usos políticos encubridores. La metáfora de la "imagen invertida" aludiría a esa característica: para llegar a la verdad no se trataría de negar toda validez a la imagen, sino de rectificar su distorsión, "volteándola" (Villoro, 1985: 39).

Como se observa en el análisis del discurso empresarial en México, la coherencia alcanzada por este sector social en la construcción de su ideología deja muy poco margen para detectar una confusión ideológica. Esto es resultado de un largo proceso sociohistórico en el cual el empresariado mexicano ha madurado su posición política. Así, su ideología se presentaba, antes de 1982, contraria, pero sistemáticamente planteada en forma crítica, al orden establecido heredado por la Revolución de principios del siglo xx. Antes del debacle del modelo de desarrollo denominado sustitución de importaciones, el proyecto de nación al cual poco a poco fue dando forma el discurso empresarial, se expresaba como una censura y, por tanto, como una alternativa política que planteó una opción a la ciudadanía en las coyunturas electorales.

Pero si bien no hay confusión en el discurso empresarial, lo que es básico descubrir son los beneficios de clase que esconde su propuesta ideológica, cuyo pronunciamiento construye en el imaginario colectivo la posible

opción para resolver la profunda crisis económica que comienza a hacerse patente a partir de los años setenta (Montesinos, 1992).

La contienda entre los adversarios se lleva a cabo a partir de discursos políticos que fluyen en los medios de comunicación masiva, cuyo sentido intenta generar un consenso progresivo que combata a la ideología predominante que justifica la permanencia en el poder de un grupo o elite política.³ Por ello, en el caso que analizamos, al iniciarse el proceso de transición, la ideología de la oposición pretende *desmitificar la ideología del partido en el poder*, hasta crear una crisis de legitimidad. La falta de credibilidad del régimen posrevolucionario es cada vez más palmaria ante la emergencia de una *oposición real*, tanto de izquierda como de derecha, que da cuenta del deterioro ideológico de la familia revolucionaria. Entonces, el espacio perdido por la ideología dominante representa una fractura en las estructuras del poder, del proyecto de nación prevaleciente, de los líderes formales del partido dominante, de las propias alianzas y, de manera señalada, de la representatividad social que anteriormente tenían.

Es imposible pensar en el poder sin una ideología dominante; sin ella ningún sistema político podría legitimarse. En cuanto a la relación entre la ideología y el poder. Henrique Cardoso considera:

Las ideologías se relacionan con el poder, sea porque constituyen el elemento funcional de su ejercicio, núcleo valorativo que da sentido a los que lo ejercen y, en el caso de poder legítimo, criterio para la obediencia o expresión particular del modo de articulación de las clases (Cardoso, 1971: 17).

De esa forma es fácil deducir cómo la pérdida de consenso se revela a partir de la decisión de las clases sociales de optar por otra alternativa política, diferente a la predominante. El ascenso o consenso que los discursos de la oposición van generando, representan un proceso de desmitificación-mitificación, que denota la crisis de la ideología dominante y el fortalecimiento político de la ideología emergente. Se trata de un proceso simbólico

³ Para comprender el papel que juega el discurso de los actores políticos que se reproduce en los medios masivos de comunicación consideramos lo que a ese respecto Thompson plantea: “Los medios de comunicación masiva no son simplemente uno de los distintos mecanismos que sirven para inculcar una ideología dominante; más bien, estos medios constituyen en parte el foro mismo en que ocurren las actividades políticas en las sociedades modernas, foro en el cual, y en cierta medida en relación con el cual, los individuos actúan y reaccionan al ejercer el poder y responder al ejercicio del poder por parte de otros” (Thompson, 1998: 143).

mediante el cual el imaginario colectivo desecha, poco a poco, todos y cada uno de los mensajes ideológicos transmitidos por la burocracia política, dando cabida mediante la credibilidad o la esperanza de que sea realidad lo que plantea un nuevo proyecto de nación alternativo al que ha entrado en crisis.

La oposición ascendente, que va accediendo gradualmente al poder, crea una nueva ilusión en el imaginario colectivo proyectando la idea de un futuro alentador, en el cual se regenera la certidumbre sobre el rumbo de la nación. Y es aquí, precisamente, donde se recrea la disyuntiva de la ideología, entre el carácter injustificado del conjunto o partes de sus creencias, en la medida en que constituye una alternativa falsa (creación en el imaginario colectivo de una situación “ideal”) a la situación actual, y la posibilidad de materializar la ideología en un proyecto concreto, político, económico o social.

Como lo sugiere la teoría marxista que exalta la lucha de clases y, por tanto, la política, una ideología dominante favorece el dominio de una clase o fracción de clase en cuanto éstas logran la adhesión paulatina de un mayor número de miembros de la sociedad. La ratificación o aceptación de los conceptos y valores que un actor político promueve mediante el discurso es lo que determina el fortalecimiento y ascenso de una fuerza diferente a la predominante. Por ello, el discurso forma parte sustancial de los rituales de la política contemporánea –en la medida en que da forma a los proyectos que contienden en la arena pública–, y, por ende, pone de manifiesto la presencia de los propios actores que, en última instancia, se verán favorecidos por el consenso generado por las ideologías cuyo reto es buscar un lugar en el espacio público, con la intención de ir ganando un espacio en el imaginario colectivo.

Los actores políticos confrontados en el escenario nacional representan para los individuos la posibilidad de sentirse parte de una clase social, conforme creen que sus pensamientos o ideas son compatibles con lo que observa y escucha en el espacio público. Los individuos hacen suya la ideología que fluye en los medios de difusión masiva y que, lógicamente, están monopolizados por las elites políticas. Así, el discurso de los diferentes actores dota a los individuos de una identidad política al momento en que optan por una u otra ideología. Es en ese sentido que Villoro sostiene:

Al adherirse a ellos, todos los individuos acaban aceptando el punto de vista de la clase y, dirigiendo su conducta por sus valores, se someten mentalmente a las creencias que favorecen

y expresan los intereses de esa clase... El individuo cree obedecer en su comportamiento a ideas universalmente válidas y en verdad obedece, sin saberlo, al orden de dominio de una clase (Villoro, 1985: 65).

Ello permite reconocer el carácter social de la ideología pues no se trata de una construcción individual sino de un proceso histórico y, en consecuencia, social, el cual da origen a diferentes formas del pensamiento colectivo, a la ideología, que, en última instancia, representa al orden establecido. Las ideologías, en un sistema político cuya cobertura política normalmente no es muy amplia, son atemperadas en función de la ideología dominante, que invariablemente privilegiará los intereses de las clases económicamente dominantes sobre una amplia fragmentación de intereses que subyacen al conjunto de la sociedad.

Estas ideas son especialmente esenciales en aquellos casos donde los sistemas políticos transitan por la ruta de la democracia, y donde la propia madurez de la sociedad se observa a partir de una clara variedad de actores que confluyen y coexisten en una lucha institucional por el poder. La pluralidad, precisamente, se expresa a través de discursos políticos presentes en la reproducción del imaginario colectivo mediante el papel que juegan los medios de difusión masiva, cuya función fundamental es la construcción de corrientes de opinión pública que dirimen su sentido y su fuerza (en la socialización de las ideologías) en torno a la ideología dominante.

En una transición como la que ha vivido la sociedad mexicana es posible diferenciar no sólo dos discursos que reflejan diferentes formas de racionalidad del Estado, sino escenarios políticos que se han modificado radicalmente. En uno, anterior al parteaguas histórico de 1982, aparecen en el escenario político nacional actores que representan a las clases sociales legitimadoras del poder ejercido por la familia revolucionaria (obreros, clases medias y campesinas), mientras que el escenario posterior está marcado por el arribo de un nuevo actor político con preeminencia en la coyuntura: los empresarios mexicanos, antes, relativamente excluidos del juego formal de la política, es decir, de las tramas del sistema político electoral posrevolucionario.

Evidentemente, para fines de síntesis, y con el objeto de llamar la atención sobre dos escenarios políticos que se diferencian con nitidez, se trata de escenarios políticos profundamente complejos que, en un breve lapso de cuarenta años, se transforman conforme emergen nuevas fuerzas políticas que hoy, al inicio del nuevo siglo, dan una forma democrática moderna

al sistema político mexicano. En ese complejo proceso se advierte la participación de actores políticos que legitimaron a la burocracia política instalada en el poder a lo largo del periodo posrevolucionario (obreros, clases medias y campesinos); pero también se hace muy evidente que ésta va languideciendo. Después de 1982, se redujo exclusivamente al discurso oficial que Fidel Velázquez, líder del Congreso del Trabajo, reprodujo hasta finales del siglo pasado.

Por su parte, otros actores políticos obtuvieron su lugar en el escenario político nacional, una sociedad civil que fue constituyéndose después de los sucesos políticos de los años sesenta, y que posteriormente se materializó, sobre todo después de 1985, mediante una nueva forma de participación política: las denominadas organizaciones no gubernamentales (ONG). Y, en la lógica de una sociedad que avanza institucionalmente hacia la democracia, la intervención de los partidos de oposición que han logrado una presencia electoral significativa para el sistema, en especial después de 1988, cuando se observa la presencia de una oposición real.

Con base en este complejo proceso, cuya esencia se esquematiza para fines de análisis a partir de la emergencia de nuevos actores políticos que superan un sistema precariamente democrático, observamos también la larga trayectoria de un actor social que juega diferentes papeles en el sistema político contemporáneo mexicano y que logra consolidar su posición en el escenario nacional en el periodo de transición cuando, en el año 2000, obtiene significativos frutos electorales. En este periodo podemos vislumbrar la evolución de un actor político que no sólo adquiere forma mediante un discurso que recoge los principales mensajes de sus intereses de clase, sino que llega al poder ejerciéndolo directamente: el empresariado mexicano.

El surgimiento de este actor político acompaña desde luego al sistema político contemporáneo, pero es notable en el proceso de transición que ve emerger un fenómeno sociopolítico inédito, que tiene efecto en el surgimiento de la sociedad civil y que representa un nuevo equilibrio entre la sociedad mexicana y su Estado. El papel político del empresariado mexicano, primero, criticando y hasta censurando a la burocracia política, segundo, erigiéndose en una alternativa ideológica a la prevaleciente, tercero, construyendo la ideología dominante que, al menos en el plano político-ideológico y económico, fueron los elementos que le permitieron el ascenso al poder.

Así, advertimos cómo la madurez política de este actor social se expresa mediante un discurso que, en principio, refleja la consolidación ideológica

del que ha de ser el *proyecto económico alternativo al reproducido por la burocracia política mexicana* (Montesinos, 1991) y que, sin embargo, no ofrece la diversidad de un discurso que haya dado forma a lo que podríamos considerar como un proyecto de clase “madurado” sustentado en un ejercicio constante de la política. Por otra parte, cabe recordar cómo el proyecto de nación que los empresarios mexicanos dibujan a partir de su discurso, desde hace muchas décadas, se ha apreciado como lo más significativo de la ideología de la derecha mexicana.

Aquí cabe llamar la atención sobre otro nivel de análisis que ya se ha sugerido, pero que debe ser redimensionado a la luz del papel que juega el empresariado mexicano en el mapa geopolítico del sistema mexicano, y que de hecho se vincula con la relación entre el interés de clase y su discurso ideológico, como señala Villoro:

...podríamos entender como “interés de grupo o de clase” un conjunto de actitudes permanentes comunes a los miembros del grupo social, dirigidas a una clase de objetos, que tienden a dar satisfacción a las necesidades propias de ese grupo. Así esas actitudes permanentes pueden explicar que exista un comportamiento consistente de un grupo a través de varias situaciones, dirigido a cumplir con necesidades del grupo: cohesión, defensa, dominio, etc. Pero esas mismas actitudes permanentes permiten explicar también que los miembros del grupo lleguen a ciertas creencias generales, mediante la operación de “generalización”, propia de la ideología (Villoro, 1985: 131).

De ahí que el papel de los empresarios que es posible interpretar recurriendo a su discurso demuestre: 1) la definición de sus intereses concretos de clase, 2) las demandas concretas que plantean al Estado, 3) que éstas constituyen el elemento central de su cohesión política, 4) que logran generar el consenso necesario para que su proyecto de clase se constituya en un proyecto de nación legitimado puntualmente por el Estado mexicano.

Lo anterior sugiere la consolidación de una identidad de clase con base en la definición del interés compartido, lo cual articula, en el mismo sentido, su participación política. Tal interés se refrenda con demandas específicas que formulan al Estado, esperando ver cubiertos sus intereses de clase en la medida que van generando mayor consenso en una población progresivamente politizada en el paso de la transición. La unidad y la coherencia en el proyecto de nación, que dejan traslucir en su discurso, les facilita llegar al poder, después de que han trabajado políticamente dentro y fuera del sistema de partidos. Su participación se sintetiza a partir del

desempeño de las principales organizaciones empresariales en el sistema político mexicano, así como de la participación empresarial en organizaciones sociales (ONG) de corte conservador y su evidente acción en el interior del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y del Partido Acción Nacional (PAN).

Esta última expresión nos permite percatarnos de que la clase económicamente dominante se compone de fracciones, lo cual refleja y explica el porqué de su participación apoyando al Estado mexicano (como es el caso de los empresarios más poderosos del país) y la participación histórica de los empresarios en el PAN. Un ejemplo patente lo demuestra el liderazgo de Manuel J. Clouthier, quien sin pertenecer a la selecta elite económica agrupada en el Consejo Mexicano de Hombres de Negocios (CMHN), simboliza la convergencia de intereses entre las diferentes facciones de la clase capitalista: grandes y medianos empresarios.

Un aspecto que coadyuva a comprobar el carácter social de toda ideología (dominante) es, precisamente, que se trata de un conjunto más o menos coherente que se trasmite de manera cotidiana en el escenario político y que, paulatinamente, va trasminando cada uno de los subsistemas sociales, vertiendo cuestiones de carácter económico, político y cultural, como bien se puede interpretar a partir de la diversidad temática que tiene el discurso empresarial en los años noventa (Montesinos, 1997b; Montesinos y Martínez, 2000). Este proceso subjetivo representa tanto la vulneración del orden establecido, si es que proviene de fuerzas políticas opositoras, o la legitimidad del régimen, si ya se es parte del sistema de dominación. Situaciones que acontecieron, primero, desde la época en que se crea el Consejo Coordinador Empresarial (1975), hasta 1988 cuando surge la oposición real, tanto de derecha como de izquierda; y, la segunda, más nítida, desde ese momento hasta los eventos electorales del año 2000, cuando toma el poder el candidato empresarial Vicente Fox Quesada.

Este fenómeno es de vital interés para analizar el papel de la ideología, en virtud de que su dominio se refleja cuando los demás lo aceptan, al concebirse como un planteamiento ideológico compartido que se usa para garantizar los intereses “generales” de la sociedad. Por eso, la dominación comparece en el imaginario colectivo como un fenómeno de confrontación ideológica que permite vencer, así sea momentáneamente, a la burocracia política, donde el PAN, bajo el liderazgo de su candidato a la Presidencia, representa una nueva alianza política para desplazar del poder al PRI. Se muestra como una voluntad, como una forma de rebelión contra

el orden establecido, mas no como una situación marcada por el predominio de la ideología de derecha. En el caso mexicano este proceso constituye la unificación de los intereses que la familia revolucionaria marginó a lo largo de todo el proceso posrevolucionario y que, a partir de 1988, por los dos polos de la geografía política, convergen para vencer a la elite política ensimismada en el poder.

En ese sentido, es pertinente destacar si la ideología que representa el partido desplazado del poder (PRI) representa una ideología divergente de la que, finalmente, llega al poder (PAN), o si se trata de la continuidad de una ideología predominante que mantiene excluidos los intereses inmediatos de las clases subalternas.

Ideología y el sentido político dominante

Cuando hablamos de ideología nos referimos a una perspectiva de la política que refleja las relaciones de poder. De ahí que el discurso de cualquier actor político, colectivo o individual, suponga una actividad política que responde a una coyuntura determinada, en su dimensión pasado-presente-futuro. En la medida en que dicho discurso expone la complejidad ideológica de los diferentes sujetos políticos representa la actividad que cada uno de ellos lleva a cabo para competir por el poder. Como lo sugiere Thompson:

La ideología puede ser tan necesaria para los grupos subordinados en su lucha contra el orden social como lo es para los grupos dominantes en su defensa del *statu quo*. Al igual que el armamento militar o los conocimientos tácticos, la ideología puede ser un arma que se oriente hacia la victoria, aunque no hacia a algún vencedor en particular, puesto que en principio está a disposición de cualquier combatiente que tenga los recursos y las habilidades para adquirirla y utilizarla (Thompson, 1998: 82).

Entonces, el discurso refleja una de las principales formas de la acción política moderna, es en sí una actividad política que ejerce tanto el que detenta el poder como el que compite por él, todo aquel que pretende hacer política. De esa manera, las dimensiones ideológicas del discurso descubren la intencionalidad de las elites políticas que contienden por el poder. Mediante su posición ideológica determinan, sin lugar a dudas, quiénes pueden ser, en un momento dado, aliados políticos o quiénes consti-

tuyen inevitablemente adversarios con los cuales es prácticamente imposible conciliar intereses. Es evidente que se trata de dos casos extremos en los cuales las expresiones concretas sociohistóricas responden a estructuras de poder y coyunturas específicas.

De ahí que sea fundamental reconocer en todo discurso político los conceptos clave que ayudan a la comprensión de la lógica (e ilógica) de su estructura ideológica. Normalmente, éstos responden a coyunturas donde los actores redefinen o puntualizan aspectos de su ideología, de tal modo que el discurso se va afinando, evoluciona o madura hasta constituir proyectos sociales que incluyan elementos políticos, económicos y culturales. En el caso que nos atañe se observó cómo, en su discurso, los empresarios mexicanos hicieron una referencia constante a la liberación del mercado y a la privatización de la economía, desde los años setenta hasta mediados de los ochenta, cuando la tecnocracia instauró el modelo neoliberal que respondía, según su interpretación, a la crisis económica que provocaba el intervencionismo estatal.

En la medida en que el discurso expresa las ideologías que contienen por el poder en la arena política, buscando posicionarse frente a la ideología dominante, se establecen las distancias entre un actor y otro, las semejanzas y diferencias que ofrecen a la ciudadanía, es decir, las disyuntivas sobre las cuales discernir su apoyo. El discurso, por eso, pretende influir cada vez más en un mayor segmento de la sociedad en que se inscribe. Aspira a convencer a la gente de que la opción a la situación que una sociedad vive puede ser resuelta o puede tomar un mejor rumbo por el proyecto social que intenta proyectar toda ideología. En cualquier caso, la ideología dominante garantiza la unidad nacional, el conjunto de símbolos útil para reconocer en los individuos una identidad política inserta en un orden establecido de significaciones culturales. Este fenómeno es fundamental en un proceso de transición, sobre todo, si está expuesto a los efectos de una crisis, como en el caso mexicano.

Una idea muy sugerente relativa al papel del discurso político (la ideología) en una situación de tales características es la que nos brinda Thompson:

...otra estrategia de construcción simbólica mediante la cual se puede lograr la unificación es la que podemos describir como la simbolización de la unidad. Esta estrategia implica la construcción de símbolos de unidad, de identidad colectiva e identificación, que se difunden en un grupo o una pluralidad de grupos. Una vez más, la construcción de símbolos de unidad nacional, tales como las banderas, los himnos nacionales, los emblemas y las inscrip-

ciones de diversos tipos, son ejemplos evidentes. En la práctica, la simbolización de la unidad puede entretjerse con el proceso de narrativización, en la medida en que los símbolos de unidad pueden ser parte integral de una narración de los orígenes que cuenta una historia común y proyecta un destino colectivo (Thompson, 1998: 99).

Por su parte, Habermas señala en sus trabajos sobre *Teoría de la acción comunicativa* que uno de los grandes problemas de las ciencias sociales es reconocer los sentidos de las acciones sociales, lo que se puede aplicar en la interpretación del discurso, la ideología y la participación política de las clases o actores sociales. Y es, justamente, el *sentido del discurso* lo que hace posible en la reconstrucción antropológica de la realidad social, advertir los objetivos hacia los cuales dirigen sus esfuerzos los elementos que contienen en los principales escenarios políticos.

En esa misma lógica del análisis, identificar los elementos del discurso atribuibles a un actor político, exige el esclarecimiento de contenidos que responden a un interés de clase o a un interés común en el grupo que contiene por el poder. Y, en el caso de la política, *son los significados del discurso*, esto es, los contenidos que se expresan de diversas formas y articulados de manera más o menos coherente con el resto del cuerpo ideológico, los que dotan a los miembros de una clase o elite de una identidad política. Por ello, la ideología plasmada en los discursos políticos confiere a los miembros de un grupo la identidad que requieren para distinguirse de sus adversarios. Se trata de elementos subjetivos, pero esenciales, de pertenencia y, por tanto, de diferenciación, de acercamiento y aproximación con aliados y adversarios. Dichos intereses, inmersos en los discursos, y que explican los propósitos compartidos por la clase dominante, son equivalentes al papel que tienen las normas en la acción comunicativa de Habermas:

Las normas tienen un contenido semántico, justamente un sentido que siempre que un sujeto capaz de entenderlo las sigue, se ha convertido en razón o motivo de un comportamiento; y es entonces cuando hablamos de acción. Al sentido de la regla responde la intención de un agente que puede orientar su comportamiento por ella. Sólo a este comportamiento orientado por reglas lo llamamos acción; sólo de las acciones decimos que son intencionales (Habermas, 1996: 21).

Esta idea nos permite establecer cómo la ideología de los empresarios mexicanos, entendida como el conjunto de creencias y valores que conforman un proyecto de nación diferente del promovido por la burocracia política,

representaba el sentido hacia el cual dirigían sus esfuerzos los líderes de este sector. No sólo era posible definir el porqué de la distancia con el Estado mexicano, sino también establecer las razones de su confrontación político-ideológica.

Por tal razón, es pertinente insistir, primero, en que un discurso es producto de un complejo proceso de reproducción de las clases, de una madurez política de los actores sociales que poco a poco van definiendo los aspectos que dan una coherencia mínima a su ideología. Además, es muy visible que no se trata de discursos individuales que dependen de las capacidades del líder que lo proyecte, sino del consenso que se va logrando con el tiempo, aprovechando cada una de las coyunturas para diferenciarse de los opositores y para crear la idea de que existe una alternativa a la situación por la que atraviesa una sociedad.

Es en el sentido del discurso, en cuanto se descubre en él intereses de clase, que se percibe la generación de *violencia simbólica*. La ideología representa propósitos de los actores políticos y, en la medida en que difieren del resto de los intereses sociales, el avance hacia el objetivo fijado. El poder como fin garantiza los intereses concretos y subjetivos de la clase o elite que llega al poder, marginando o dejando en un segundo plano los intereses de los que en lo sucesivo constituirán la oposición o, cuando menos, el cuadro de adversarios contra los que se estará dirimiendo la legitimidad del “nuevo” proyecto de nación que, supuestamente, se instaurará a partir de la llegada al poder de una nueva elite política. Esta idea se puede fortalecer a partir de las ideas de Bourdieu respecto a la *producción simbólica*:

La clase dominante es el lugar de una lucha por la jerarquía de los principios de jerarquización: las fracciones dominantes, cuyo poder descansa sobre el capital económico, apuntan a imponer la legitimidad de su dominación ya sea por su propia producción simbólica, ya sea por la intermediación de las ideologías conservadoras (Bourdieu, 2000: 69).

En un escenario donde se reproducen las prácticas sociales de la política se entabla una lucha simbólica en la cual no todos los participantes comprenden el sentido de los diversos discursos mediante los cuales los adversarios políticos se enfrentan. Sin embargo, como es lógico, los actores son quienes comprenden los significados y los sentidos y objetivos que persigue cada uno, a diferencia de los espectadores (la ciudadanía) que en múltiples ocasiones no comprenden las formas que va adquiriendo el discurso, mucho menos los intereses que encubre la ideología que los sustenta. Y

éste es en esencia el papel del discurso político que, como instrumento comunicativo de la ideología, como única vía para objetivar su condición abstracta, propone una serie de ideas con la intención de influir sobre la mayor parte de la población. Pero esta posibilidad de tener ascendiente en capas más amplias de la sociedad, es lo que inicia la erosión de una ideología dominante. La contienda por el poder se dirime a partir de la violencia simbólica que está implícita en el discurso político, al confrontar a los adversarios, al convencer de la validez del orden ofrecido por la elite de poder y, desde luego, por la aceptación de los “dominados” respecto de la interpretación que las elites hacen de la realidad social. Se trata de generar consensos, mas no de que la sociedad comprenda con detalle cada uno de los planteamientos manejados en los discursos (Habermas, 1989: 105). Y es en esa misma simulación ideológica que, sin duda alguna, se expresa la violencia simbólica a la que con tanta atención se refiere Bourdieu.

En el caso del discurso empresarial es muy notorio que conforme el actor político adquiere madurez política, es decir, conforme aprende a hacer política, su discurso busca, en la lógica-ilógica de la transición, una gama cada vez más amplia de interlocutores: primero, dirigiéndose al Estado, con la intención de que sus demandas de clase sean consideradas en las decisiones que afectan el rumbo del país; segundo, hacer blanco en todos los sectores de la sociedad; y tercero, consolidar una ideología que va imponiéndose en el escenario nacional y que alcanza su mejor resultado en el proceso electoral del año 2000.

Cuando hablamos de actores aludimos a sujetos insertos en el escenario político, por ende, cuando nos referimos a sus discursos hablamos de representaciones de diferentes aspectos de la coyuntura, de mensajes significativos para la política, la economía, la cultura y, al menos, representativos para los sectores más visibles de la sociedad. Por esto, es vital advertir en el contexto de la transición mexicana cómo se desdibujan y cómo emergen nuevos discursos (el caso más patente es el de obreros-campesinos y el discurso de los empresarios) que responden de mejor manera al momento, en cuanto representan fuerzas políticas vivas y, por ello, activas en la construcción y definición del futuro inmediato.

Así, se hace comprensible cómo el discurso que los empresarios usan en el marco de la transición adquiere forma a partir de *contenidos proposicionales* en cada uno de los campos de reproducción social, en cuestiones concretas del momento sociohistórico. De hecho, es el contenido proposicional lo que hace posible reconocer el sentido ideológico que cada actor posee.

Se trata, así, de un sentido que explica las acciones de cada actor político, las causas que propician ciertas formas de pensamiento y, en consecuencia, determinadas acciones y respuestas a situaciones dadas, las cuales, normalmente, están asociadas con quienes toman las principales decisiones de la nación (Habermas, 1989: 265).

La importancia del discurso en la política adquiere diversos matices, uno de ellos es el determinado por el papel que juega en la construcción del imaginario colectivo, en la medida en que asegura un consenso entre los miembros de los grupos sociales, o en la medida en que hablamos de una ideología predominante y otras que pretenden serlo, las cuales, en su conjunto, hacen blanco en un espectro más amplio de la sociedad generando consensos y, en consecuencia, resguardando el orden establecido.

La transición marcada por una crisis de legitimidad provoca incertidumbre respecto al futuro inmediato, por ello los discursos de la transición aparecen como portadores del conocimiento y certidumbre requerida para restablecer, al menos momentáneamente, la credibilidad en el sistema político. Por esa razón los discursos, elaborados desde el poder o desde la oposición, intentan generar consenso, es decir legitimidad o validez política, en los mensajes emitidos por los líderes o voceros de las principales fuerzas. Balandier señala:

En ambos casos, el efecto buscado es, sin embargo, el mismo: apaciguar el presente y garantizar la calma, ya sea acentuando la continuidad, ya sea haciendo del futuro algo menos temible por medio de atribuirle una forma definida y aceptable. El poder conserva su función como desactivador de angustias y miedos (Balandier, 1994: 121).

En el caso de la transición mexicana, en cuanto lo político se dirime principalmente a partir del papel de la oposición real —que en todo caso no es más que uno de los reflejos de la madurez política de la sociedad—, los líderes arropados en las estructuras de los principales partidos políticos tienen la necesidad de recurrir, en el caso del PRI, a la ideología heredada por la Revolución Mexicana, al nacionalismo que justificó la intervención del Estado en la economía tanto como la figura de un mercado “cerrado”, así como el compromiso popular de su partido. Por su parte, las ideologías representativas de las fuerzas políticas de oposición intentaban cercenar los consensos generados por la familia revolucionaria, a lo largo de tantos años. Pero, invariablemente, la ideología requiere de mitos que legitimen

tanto a aquellos que mantienen el poder, como a aquellos que luchan por poseerlo. En dado caso, no existe otro instrumento que permita transmitir la ideología que no sean los discursos con los cuales los actores esgrimen sus argumentos, proponen proyectos, descalifican a los adversarios, se asumen como la verdadera opción que puede controlar la transición. Al respecto, Balandier sugiere:

A los actores políticos del mundo actual se les imponen exigencias contradictorias –y, por tanto, papeles y figuraciones mal conciliadas–. En sociedades en las que prevalecen, o se hallan en vías de hacerlo, la técnica, la economía y la organización, estos personajes deben aparecer como capaces de dirigirlos. Se someten así a la racionalidad de la competencia; es en nombre de ésta que se fijan los límites de lo posible y de lo razonable, que se determinan los objetivos, que se escogen y adoptan las decisiones. Pero la aptitud no puede producir el efecto de poder si no es convocando a lo imaginario, lo irracional, lo simbólico, lo que es capaz de captar la atención de los gobernados. Ésa es la ley del poder, la de siempre, pero que las circunstancias presentes hacen más difícil de aplicar (Balandier, 1994: 124).

La transición mexicana facilita la observación de cómo los discursos de los principales actores políticos van dando cuenta de la coyuntura, intentando refrendarse en el imaginario colectivo como una posibilidad de restablecer el orden, de dar solución a la crisis. Éste es el complejo proceso que se intenta descifrar a partir del discurso empresarial que se plasma en el conjunto de mensajes elaborados cotidianamente por las principales organizaciones empresariales, como es el caso del Consejo Coordinador Empresarial (CCE), la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex), la Confederación de Cámaras Industriales (Concamin), la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación (Canacintra) y de la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (Concanaco), quienes con su participación en el escenario político brindan una espléndida cobertura del discurso empresarial que ha legitimado el proyecto de nación que impera en nuestro país desde 1982.

Si el fenómeno de la crisis no hubiera formado parte del *imaginario político* habría sido imposible construir un consenso contrario al *orden establecido* y, por tanto, al poder simbolizado en el PRI. Además, pese a que la burocracia política intentó generar expectativas positivas en la política económica del Estado, las organizaciones empresariales criticaban y censuraban las decisiones gubernamentales, lo cual fue generando una opinión pública adversa al partido oficial.

De manera muy semejante al papel que juega el discurso, la tecnocracia justificó el giro de 180 grados en el modelo económico, tratando de convencer a la población de que tenían la capacidad de sacar al país de la crisis; sin embargo, la fractura en el poder y la pérdida del consenso en el interior del partido oficial no evitó la caída de un régimen que ya había rectificando la dirección del modelo económico que dio forma al Estado benefactor, y que desde entonces satisfacía las demandas empresariales.

Es éste el contexto de contradicciones que sirve como tierra fértil para insertar el pensamiento empresarial en el espacio público, donde se fortaleció visiblemente este protagónico actor político, que con anterioridad había dado forma a una *ideología empresarial que permitió construir la identidad requerida para generar la unidad sectorial que les permitiera competir por el poder*. Condición que se sumó a la reactivación de su participación política en la estructura del Partido Acción Nacional, a partir de la cual, los líderes empresariales panistas, Clouthier y Fox, lograron capitalizar el discurso antigubernamental de sus pares en favor de ese partido que llegó progresivamente al poder a partir de 1989, con el triunfo electoral de Ernesto Ruffo Appel en el estado de Baja California, hasta el asalto al poder que Fox materializó en el 2000.

Cultura y discurso político

Al considerar que uno de los aspectos más importantes en la transición mexicana es la recomposición de la relación sociedad civil-Estado, dada la estructura corporativa y la persistencia de un sistema hegemónico, se trata de ubicar cuáles son las características de la acción política del empresariado mexicano, que revierte la posición paternalista de los gobiernos posrevolucionarios. Por otra parte, reconociendo un contexto de inestabilidad política donde los diferentes actores sociales comienzan a demandarle al Estado certidumbre en las expectativas hacia el futuro, la capacidad política de cada actor determinó, en última instancia, la posibilidad de que su proyecto predominara en la definición del rumbo de la nación. Después de conceptuar al discurso como la *expresión objetiva de la ideología*, resta articular la relación de ese binomio a partir de la *cultura política*, esto es, de la acción del actor que permite identificar cuál es la particularidad que posee para distinguirlo en el marco del sistema político mexicano. Se intenta ubicar los cambios significativos que dan pie a afirmar que

vivimos un proceso de transición, pero, en particular, reconocer la forma en que se inserta el empresariado mexicano en la estructura del poder, cómo responde a la transformación de las estructuras políticas, económicas y socioculturales; así como su capacidad para imprimirle un sentido a la transición, acorde a sus intereses de clase. Esto quiere decir que resulta valioso tener presente el concepto de cultura política para precisar, de la manera más clara posible, el papel que juegan los empresarios en la definición del rumbo de la transición mexicana. Por tal razón, la atención se centrará en la práctica política de este actor, determinada con base en su discurso político, que crítica, demanda y propone alternativas a la sociedad mexicana. Así, será necesario examinar la transformación de la cultura política empresarial, así como su capacidad para imponerle a la sociedad el proyecto de nación que corresponde a sus intereses de clase.

Hacer referencia al aspecto de la cultura como una forma de manifestación social implica dirigir la atención a la complejidad organizacional que define a la sociedad que se pretende interpretar. Por ello, el perfil cultural de los actores políticos ha de estar lo suficientemente definido para distinguir su identidad de la de los demás. La conducta colectiva de una sociedad supone remitirse a un espectro cultural que posibilita comprender todas y cada una de las manifestaciones sociales a partir de las cuales se identifica una cultura específica: costumbres, idiosincrasia, organización económica, sistema político, el arte, la educación formal, los medios de comunicación, la historia, el papel de la familia, etcétera. Como lo precisan Alonso y Rodríguez:

La cultura, en términos muy generales, se refiere a creaciones sociales, al complejo de actividades y de productos intelectuales y manuales del hombre en sociedad, al modo de concebir el mundo y la vida; la cultura como resultado de una sociedad que integra la organización social, la controla y asegura su cohesión contradictoria (Alonso y Rodríguez, 1990: 342).

Es decir, se apunta al conjunto de las relaciones sociales en sus niveles estructurales y superestructurales, alcanzando todos los niveles de interacción de los individuos desde el ámbito privado hasta el público. La cultura de una sociedad refleja su capacidad para formar, mejorar y perfeccionar al hombre. Implica que el hombre, en sociedad, ha de conocerse a sí mismo para conseguir su realización como tal. Se trata, en términos generales, del conjunto de conocimientos, modos de vida creados y aprendidos,

que una generación trasmite o hereda a las siguientes; fungiendo como el elemento con que una sociedad determinada históricamente da cuenta de su presente y aspira a un futuro definido por ella misma (Abbagnano, 1961: 276). De aquí que la característica central de la cultura sea su función como elemento cohesionador del conjunto de la sociedad, a partir del cual todos los individuos encuentran símbolos de identificación colectiva. De todos éstos, sin lugar a dudas, el nacionalismo representa el símbolo cultural más relevante.

El principal problema al abordar la cultura es precisamente el aspecto general del concepto; problemático, porque independientemente del estadio social de que se trate, obliga a reconocer la heterogeneidad social que presenta toda formación social. En ese sentido, se tiene que concebir que la sociedad, su cultura, se compone por un conjunto de subculturas (subsistemas) que dan cuenta de cada uno de los fragmentos sociales que la integran, así como de sus formas específicas de expresión. Al reconocer diversas modalidades de expresión cultural (económicas, político-ideológicas y sociales), es que se hace comprensible la presencia de identidades propias de cada actor social, por antagónicas que sean sus posiciones o sus propuestas en el escenario nacional.

Para facilitar el análisis antropológico, al determinar la heterogeneidad social característica de toda cultura y la amplitud a que hace referencia ese concepto, se vuelve necesario delimitar un ámbito concreto de ese complejo contexto que mencionamos. Para el objetivo que persigue este apartado habrá de señalarse la especificidad del concepto de *cultura política*, a partir de dos aspectos: el primero alude a la estructura social, y el segundo al campo concreto de lo político. Respecto a la cuestión de la estructura social ha de considerarse la composición de la sociedad con base en sus clases sociales, donde lo político tiene explicación a partir de las diferentes conductas políticas que éstas adoptan al interactuar dentro de la lógica del sistema político de la sociedad en la que coexisten. Como lo señalan Alonso y Rodríguez:

El término cultura política ha sido utilizado como el conjunto de valores, orientaciones, actitudes, expectativas (sobre todo), normas, conductas y prácticas acerca del sistema político. La subordinación, la adhesión, la confianza, la justificación, la ilusión, la participación, la apatía, la resistencia, la contestación, la impugnación y lucha alrededor de las actividades públicas son enmarcadas en este amplio catálogo de lo que se denomina cultura política. Esta cultura tiene que ver con las tradiciones, hábitos y costumbres políticas de grupos que

originan identidades y dan sentido a su actividad. Todo poder político se sustenta en cierta cultura política y al mismo tiempo la moldea y adapta a sus exigencias (Alonso y Rodríguez, 1990: 344).

Respetando tal definición, resulta conveniente tener presente que la heterogeneidad social sugiere la presencia de una diversidad de intereses de los sectores o clases sociales que integran una sociedad, mismos que anteponen en sus prácticas políticas dirigidas a alcanzar el poder, ejercerlo o apoderarse del Estado a fin de garantizar la defensa de sus intereses específicos de clase. Esto es que la propia heterogeneidad social refleja la existencia de subculturas que coexisten en una misma sociedad, a la vez que éstas pueden estar en constante contradicción, como es el caso en el ejercicio de la política. Mientras un actor puede aparecer ejerciendo su práctica política con referentes del pasado, habrá otros que adopten nuevas prácticas políticas con un claro objetivo de transformar las tendencias de su realidad social.

No obstante, la clara ubicación del espacio social o el tipo concreto de relación al que se alude cuando se utiliza el concepto de cultura política, parece pertinente remitirnos a la discusión que aborda la relación entre cultura y cultura política. Sobre todo porque en los últimos años ha estado muy en boga el uso del término cultura política. El primer comentario sobre el tema es que toda expresión de las relaciones sociales son expresión de la Cultura (con mayúsculas), ya sea lo tocante a la economía, la política o lo “social”. Y, como se advierte en el enfoque sistémico, la interacción de esos ámbitos constituye expresiones que informan de la complejidad de la realidad social, pero, sobre todo, permiten hacer referencia a la especificidad implícita del conjunto o parte de las prácticas de una sociedad a partir del término *cultura*. Además, en todo caso, con el afán de abreviar, vale considerar la interpretación de Geertz cuando, descubriendo los excesos de la abstracción antropológica, llama nuestra atención respecto a la *interpretación densa de la cultura*, cuando él mismo sugiere como metodológicamente más válido: “reducir” el concepto de cultura a sus verdaderas dimensiones (Geertz, 1995: 12). De tal forma que se hace necesario definir la o las dimensiones de la cultura, para situar concretamente el aspecto de la realidad que pretendemos interpretar.

En ese sentido, especificar que se utilizará el enfoque de la *cultura política*, supone distinguir claramente que las significaciones que intentamos captar son aquéllas relacionadas con la reproducción del poder. En nuestro caso,

interesa considerar cuáles son las prácticas políticas de los empresarios que nos sirven para comprender algunos aspectos relevantes de la cultura política de un actor en concreto, y de una sociedad en general. Es decir, que del sentido general, donde Geertz asume la influencia weberiana mediante la cual destaca que el “hombre es un animal inserto en tramas de significaciones que él mismo ha tejido, y que por ello, la cultura habrá de destacar esas significaciones” (Geertz, 1995: 20); se pasará a la búsqueda, el reconocimiento y la comprensión de los elementos del intercambio político de un grupo o sociedad más significativos para entender las formas y sentidos de la práctica política. Se buscará, desde luego, examinar los símbolos que representan al poder y la posición que los individuos, grupos e instituciones guardan al respecto, pues la ideología y el discurso a partir del cual adquiere objetivación es fundamental para descifrar la cultura de cualquier sistema político. Sobre todo si estamos inmersos en la lógica de la política moderna, una de cuyas principales acciones se expresa a través de los discursos políticos que configuran el espacio público, donde se debaten los problemas de interés colectivo.

De esa forma, la cultura política se refiere al reconocimiento de comunicaciones que conciernen a la reproducción del poder. Así como todo lo político es cultura, pues ésta simboliza las relaciones del poder; también es indispensable pensar que el binomio cultura-comunicación es indisoluble. Los discursos constituyen la esencia de la cultura y, si lo que interesa es el campo político, entonces, el discurso político ha de ser el referente esencial de ese conjunto de costumbres y prácticas mediante las cuales las partes que contienen por el poder expresan sus posiciones de dominio o subordinación, su perspectiva del mundo —que pretende prevalezca en el imaginario colectivo—, y sus demandas o decisiones, según se trate de los gobernados o de los tomadores de decisiones, etcétera.

Evidentemente, sin discurso no existe comunicación ni, por ende, reproducción de la cultura. Si se trata de política, entonces, ésta no puede enunciarse bajo la lógica de lo moderno, si no es a través de los discursos de los actores y las instituciones. Si nuestra interpretación demuestra capacidad de descubrir lo *realmente significativo*, estaremos en vías de lograr una descripción densa como la propone Geertz. En todo caso, como sugiere ese autor: “la cultura es un contexto dentro del cual pueden describirse todos estos fenómenos de manera inteligible, es decir, densa” (Geertz, 1995: 27). La clave, en nuestra opinión, es darle coherencia a una realidad que se nos presenta desordenada y contradictoria, condición cuya razón se encuentra en el carácter —en muchas ocasiones incomprensible— de la

ideología, de su expresión mediante discursos que exhiben la interpretación de un individuo o grupo sobre la realidad social, privilegiando más sus propios intereses que una mínima objetividad, cuya consistencia muestre la trascendencia de los intereses de los demás.

Ante la necesidad de los actores políticos de hacer que su perspectiva del mundo prevalezca en el imaginario colectivo, el discurso político ofrece a los adversarios una versión de la realidad que vive su sociedad que, por definición, tendrán que rechazar, criticar o combatir. Y la sociedad civil que aparece como espectador en el espacio público —donde la mayor parte de las veces, de cara al caos provocado por el conjunto de los discursos políticos (considérense las coyunturas electorales), desde el poder o desde las posiciones que compiten por él—, parece escuchar interpretaciones de una realidad que ni siquiera está en condiciones de comprender. En efecto, es parte del uso del discurso que requieren todos aquellos que se dedican a la política, pues en ocasiones lo que se necesita es mantener un ambiente de confusión, lo que colinda con el carácter contradictorio de la propia ideología.

Esto constituye un reto para la descripción etnográfica que, según Geertz, tiene tres peculiaridades: "...1) es interpretativa, lo que interpreta es el *flujo del discurso social*, y la interpretación consiste en 2) tratar de rescatar "lo dicho" en ese discurso de sus ocasiones percederas, y 3) fijarlo en términos susceptibles de consulta" (Geertz, 1995: 32).⁴

Como se puede observar, al discurso se le concede la capacidad de portar las *significaciones*, por ello se hace necesario rescatarlo (procesarlo), interpretarlo con sus mejores conjeturas, dice Geertz (darle coherencia relacionándolo con los hechos y el resto de discursos de su ambiente, que le confiere su carácter social) y presentarlo de manera comprensible. La densidad de la interpretación responde a la complejidad de la realidad social y a las necesidades cognitivas.

También vale la pena tener presente la compleja crítica que hace Tejera al error de muchos autores, principalmente politólogos, cuando piensan a la cultura política como un aspecto "aparte" de la Cultura, y no como una expresión de la misma. Por ello se refieren a las cuestiones significativas del poder, su reproducción, como expresiones de la cultura política (Tejera, 2003). Más interesante es la argumentación de este autor para justificar la correcta aplicación de la cultura política, para lo cual recurre al término *objetivación*, aludiendo a las transformaciones en la relación entre cultura

⁴ La numeración y el énfasis son nuestros.

y política, donde la segunda no sólo aparece como expresión de la primera, sino que se refiere a relaciones sociales específicas cuya reproducción se da en un espacio determinado. Esto es, que *la política adquiere forma al representar una dimensión de la cultura*. Al respecto, Tejera señala:

Se define como objetivación al proceso mediante el cual un individuo o grupo social *construye un discurso* que enfatiza, exagera o inventa ciertos aspectos de su identidad, vida cotidiana, entorno social, convicciones y creencias, interpretaciones sobre la historia nacional, entre otros, con el propósito de influir en la esfera política. Debido a que responde a situaciones coyunturales, la objetivación constantemente se renueva, y puede modificar las percepciones sobre la sociedad, la política y el gobierno (Tejera, 2003: 26).

En esta objetivación lo relevante es advertir cómo el discurso de los individuos o grupos sociales representa una de las principales posibilidades para materializar la cultura mediante una práctica social. Y en la medida en que esas comunicaciones pretenden mantener, regular, obtener o acceder al poder (en general transformando las estructuras del poder) se inscriben en la dimensión de lo político, de lo que el común denominador de los politólogos llama cultura política. En el siguiente párrafo Tejera aclara:

En otras palabras, la objetivación se refiere al proceso de selección, resignificación e invención de contenidos culturales, los cuales son utilizados para sancionar posiciones y estrategias en la esfera de las relaciones políticas. *Sus contenidos se expresan tanto en los discursos políticos, como en cuanto la forma en que se estructuran ciertas prácticas en el ámbito de las relaciones políticas con base en dichos contenidos* (Tejera, 2003: 26).⁵

Así, en la dimensión política de la cultura, el discurso representa la acción de individuos y grupos que diluye el carácter abstracto de una definición de cultura, refleja las posiciones del poder y la posición de los subordinados respecto a él, como también la forma de las prácticas políticas de una sociedad. Sólo falta insistir en la necesidad de considerar que el binomio cultura-comunicación es indisoluble, y que por ello la presencia del discurso es indispensable para comprenderla, tanto como para explicarla. A través del discurso se advierte la objetivación de la cultura, pero de manera muy particular en la dimensión política ¿cómo reconoceríamos una negociación, adhesión, demanda, propuesta, etcétera, si no es mediante el análisis del discurso?

⁵ El énfasis es mío.

La aplicación al referente teórico

De conformidad con esta perspectiva, al analizar la cultura política de los empresarios en México en el periodo 1970-2000, tendremos que delimitar todavía más el campo de estudio, pues de manera muy definida nos referiremos a la cultura política de la clase dominante en México, a la burguesía nacional, a los propietarios del capital personificados por la elite empresarial que expresa su ideología a través del discurso de sus principales organizaciones sectoriales (CCE, Coparmex, Concanaco, Concamín y Canacinttra); espectro en el cual sorprende la ausencia discursiva del Consejo Mexicano de Hombres de Negocios (CMHN), organismo que agrupa a los 36 capitalistas más importantes de México, situación que obedece a la estrategia política de las elites empresariales.

En tanto que nuestro análisis intenta captar cómo la cultura política del empresariado nacional se modificó desde la década de los setenta, tendremos que incluir la idea del futuro en el quehacer político de este actor social. Es decir, se examinará la cultura política empresarial desde la perspectiva de la capacidad de esa clase social para construir una nueva realidad, una alternativa a la crisis de la década de los setenta favorable a sus intereses de clase. Desde esta interpretación, se da cuenta de uno de los aspectos más significativos del cambio social en las sociedades complejas. Se trata de destacar cómo, el empresariado mexicano, logra hacer llegar al seno del Estado su proyecto de nación; de observar cómo esta fuerza social se constituye en fuerza política, en la medida en que el Estado mexicano de la década de los ochenta incorpora un nuevo un modelo económico coincidente con el proyectado por los empresarios desde mediados de los setenta. En este caso, nuestro dato empírico será el discurso de las organizaciones empresariales, aunque la propia trayectoria política de los empresarios nos obligue a distinguir entre una etapa de la transición en la que su ideología es compartida por la elite política que gobierna desde 1982, hasta el gobierno foxista que arriba al poder en el año 2000. Es decir, cuando ya han resuelto su conflicto con el gobierno mexicano y cuando materialmente personifican al poder.

Pondremos particular atención en el papel que juegan las organizaciones empresariales, puesto que éstas fungen como el principal instrumento de expresión conforme al cual las elites empresariales participan formalmente en el sistema político mexicano. Esto quiere decir que esta elite actúa en la esfera de la política mexicana, a partir del lugar que toca a las organizaciones empresariales en la estructura corporativa, mediante grupos de

presión, sin que ello excluya la posibilidad de actuar por medio de un partido político; se trata de una acción dual en la que, a lo largo de la historia posrevolucionaria del sistema político mexicano, los empresarios van utilizando esos dos vehículos para ejercer la política. La diferencia sustancial, entre uno y otro es que los partidos requieren generar mayor consenso en el grueso de la población, complicando el impulso abierto y concreto de intereses específicos de un sector o clase social; mientras que los *grupos de presión* (denominación con la que se identifican las instituciones políticas diferentes a los partidos y caso en el cual se sitúan las organizaciones empresariales) tienen por objeto presionar al Estado o a la sociedad para defender o imponer sus intereses específicos, sean éstos sectoriales o de clase.

Es innegable que las organizaciones empresariales son parte del sistema político y, en ese sentido, su acción política es reflejo de uno de los rasgos de la cultura prevaleciente en el sistema político mexicano. Así, en su inserción en las estructuras del poder, explican aspectos de la cultura política, descubren las significaciones generales de la cultura nacional, pero también expresan las peculiaridades de la “subcultura” a la que pertenece el actor político en observación. Captar la trayectoria de un actor mediante el *significado* que tiene en un sistema político un *grupo de presión* implica reconocer su identidad, su posición respecto del poder, sus intereses concretos, de clase o sectoriales. Por ello, resultaría absurdo pensar que el manejo de conceptos como el de grupo de presión permite eludir la capacidad cognitiva que asegura el considerar a la cultura como el enfoque analítico que da cuenta de la complejidad social que pretendemos comprender.

Para que no quepa la menor duda de la importancia de la significación de la identidad política de los actores, captada de manera muy precisa por el concepto de grupo de presión, tenemos la definición de Pasquino:

Entendemos por grupo de presión la actividad del conjunto de individuos que unidos por motivaciones comunes tratan de influir, a través del uso o de la amenaza del uso de sanciones, en las decisiones que toma el poder político, ya sea a fin de cambiar la distribución prevaleciente de bienes, servicios, cargas y oportunidades, ya sea a fin de conservarla ante las amenazas de intervención de otros grupos o del poder político mismo (Pasquino, 1981: 751).

La cuestión es identificar cómo el ejercicio de la política por parte de los empresarios mexicanos resultó, finalmente, con más capacidad para incidir en la direccionalidad de la realidad nacional, a diferencia, por ejemplo, de la práctica política de los trabajadores, quienes prácticamente quedaron excluidos del proyecto de nación de corte neoliberal impuesto

desde 1982. Es necesario, entonces, reflexionar que en la heterogeneidad social inmersa en toda cultura se observa el antagonismo entre los proyectos de nación provenientes de las diversas clases o sectores de la sociedad; puesto que el orden requerido por todo sistema político democrático dependerá de que todos los actores sociales se perciban como parte integrante del proyecto de nación que impulsa el Estado. En tal virtud, toca al Estado buscar el consenso para legitimar ante toda la sociedad el proyecto de nación que impulsa; esto representa la mejor expresión de la *identidad política* de una nación, en la cual ese proyecto es percibido como común, un proyecto de la nación que se traza hacia el futuro como la única alternativa viable para resolver una crisis económica cada vez más profunda. Dicha posibilidad a futuro es la reflejada por el discurso político tanto del Estado como de las clases dominantes, aunque en este trabajo se destaque, exclusivamente, la importancia del discurso empresarial que, en nuestra interpretación, aparece como uno de los principales elementos de legitimación del proyecto que impulsa el Estado mexicano desde los ochenta.

A manera de conclusión

Indudablemente, como lo sugiere Moscovici (2003), la expresión que mejor descubre el carácter subjetivo de la cultura son las representaciones sociales, pues su fuerza simbólica formula una compleja síntesis a la que se alude cuando hacemos referencia al conjunto de costumbres, valores, prácticas y expectativas, que una colectividad comparte y que, por tanto, es referente para definir las formas de las prácticas sociales, ya sea en el espacio privado o en el público. La cultura como conjunto de conocimientos que se aprenden, se comparten y se transmiten, reflejan un proceso social de aprendizaje que alcanza significado mediante el conocimiento formal y el conocimiento simbólico o subjetivo. Los símbolos que le confieren identidad a una sociedad toman forma a través de representaciones sociales que perduran y se transforman en el tiempo al reproducirse en el imaginario, al guiar las prácticas sociales de los principales actores políticos de la escena nacional. Condición que no acontece sin la presencia de los discursos políticos, que son los que proyectan tales representaciones.

La ideología, que adquiere objetividad a partir de representaciones sociales, cuestiones significativas para una cultura política, sólo puede perder su carácter abstracto mediante los discursos, los cuales reflejan la com-

petencia por el poder, y por ende, definen el rumbo del país. La clase políticamente dominante, con su discurso, es la que tiene mayor oportunidad de generar representaciones que legitimen su estancia en el poder, o su acceso a él, al mismo tiempo que son reflejo de la cultura de un sistema político, esto es, de prácticas concretas que los diversos actores emprenden en su ejercicio del poder.

Bibliografía

Abbagnano, Incola

1961 *Diccionario de Filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México.

Alonso, Jorge, y Manuel Rodríguez

1990 “La cultura política y el poder en México” en Hugo Zemelman, coord., *Cultura y política en América Latina*, Siglo XXI editores, México.

Balandier, Georges

1994 *El poder en escena. De la representación del poder al poder de la representación*, Paidós, Barcelona.

Bourdieu, Pierre

1998 *Contre-feux. Propos pour servir à la résistance contre l'invasion néo-libérale*, Raisons D'agir, París.

2000 *Intelectuales, política y poder*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires.

Cardoso, Fernando H.

1971 *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes*, Siglo XXI editores, México.

Castells, Manuel

1999 *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*, vol. 1, Siglo XXI editores, México.

2001 “Tecnología de la información y capitalismo global”, en Anthony Giddens y Will Hutton, eds., *En el límite. La vida en el capitalismo global*, Tusquets, Barcelona.

Coseriu, Eugenio

1987 “Lenguaje y política”, en Manuel Alvar, coord., *El lenguaje político*, FFE, Madrid.

Crozier, Michel

1994 “Le problème de l'action collective. L'éducation du regard”, en

Francis Pavé, dir., *L'analyse strategique. Sa genèse, ses applications et ses problèmes actuels*, Éditions du Seuil, París.

Dahl, Robert A.

1993 *La democracia y sus críticos*, Paidós, Barcelona.

Eco, Umberto

1978 *Tratado de semiótica general*, Nueva Imagen, México.

Elster, Jon, comp.

2001 *La democracia deliberativa*, Gedisa, Barcelona.

Fearon, James D.

2001 “La deliberación como discusión”, en Jon Elster, comp., *La democracia deliberativa*, Gedisa, Barcelona.

Geertz, Clifford

1995 *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.

Habermas, Jürgen

1988 *Ensayos políticos*, Península, Barcelona.

1989 *Teoría de la acción comunicativa*, t. 1, Taurus, Buenos Aires.

1996 *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Rei, México.

1998 *Conciencia moral y acción comunicativa*, Península, Barcelona.

Held, David

1997 *La democracia y el orden global*, Paidós, Barcelona.

Hirschman, Albert O.

1990 “Opiniones obstinadas y democracia”, en *Breviario político*, núm. 6, verano-invierno, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México.

1994 “L'analyse du changement”, en Francis Pavé, dir., *L'analyse strategique. Sa genèse, ses applications et ses problèmes actuels*, Éditions du Seuil, París.

Jodelet, Denise

1986 “La representación social: fenómenos, concepto y teoría”, en Serge Moscovici, coord., *Psicología social II*, Paidós, Barcelona.

Mc Quail, Denis

1998 *La acción de los medios. Los medios de comunicación y el interés público*, Amorrortu, Buenos Aires.

2000 *Introducción a la teoría de la comunicación de masas*, Paidós, Barcelona.

Mendel, Gérard

2003 *Une histoire de l'autorité*, La Découverte, París.

Mier, Raymundo

- 1990 “Las condiciones culturales de la modernización y los medios de comunicación masiva”, en Arturo Anguiano, coord., *La modernización de México*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.

Montesinos, Rafael

- 1991 “La cultura política empresarial en México”, en *Sociológica*, núm. 17, septiembre-diciembre, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México.
- 1992 “Empresarios en el nuevo orden estatal”, *El Cotidiano*, núm. 50, septiembre-octubre, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México.
- 1997 “Empresarios, sistema político y corrupción en México”, *El Cotidiano*, núm. 81, enero-febrero, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México.
- 1997b “El discurso empresarial 1994-1995: tendencias del poder”, en *El Cotidiano*, núm. 81, enero-febrero, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México.
- 1999 “Un modelo para armar. La política desde la teoría de los sistemas”, en *Estudios Sociológicos*, núm. 49, enero-abril, El Colegio de México.
- 2001 *Un modelo para analizar la transición mexicana*, GEA, México.

Montesinos, Rafael y Martínez V., Griselda

- 2000 “Empresarios, neoliberalismo y las miserias de la transición”, en *El Cotidiano*, núm. 100, marzo-abril, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México.

Moscovici, Serge

- 2003 “Notas hacia una descripción de la representación social”, en *Psicología Social*, núm. 2, enero-junio, México.

Panbianco, Angelo

- 1988 “Comunicación política”, en Norberto Bobbio y Incola Matteucci, dirs., *Diccionario de política*, Siglo XXI editores, México.

Pasquino, Gianfranco

- 1981 “Grupos de interés, de presión, ‘Lobyng’, y partidos” en Bobbio y Matteucci, coords., *Diccionario de Política*, Siglo XXI editores, México.

Popper, Karl

- 1994 “La opinión pública y los principios liberales”, en *En busca de un mundo mejor*, Paidós, Barcelona.

- Przeworski, Adam
 2001 “La deliberación como discusión”, en Jon Elster, comp., *La democracia deliberativa*, Gedisa, España.
- Ricci, Pio E., y Bruna Zani
 1990 *La comunicación como proceso social*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Grijalbo, México.
- Tejera, Héctor
 2003 “No se olvide de nosotros cuando esté allá arriba” *Cultura, ciudadanos y campañas políticas en la ciudad de México*, Miguel Ángel Porrúa-Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa-Universidad Iberoamericana, México.
- Thompson, John B.
 1998 *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.
- Touraine, Alan
 1994 *¿Qué es la democracia?*, Fondo de Cultura Económica, México.
 1998 *Igualdad y diversidad. Las nuevas tareas de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, México.
 1999 “La communication interculturelle”, en *Comment sortir du libéralisme?*, Fayard, París.
- Villoro, Luis
 1985 *El concepto de ideología*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Winkin, Yves
 2001 *Anthropologie de la communication. De la théorie au terrain*, Seuil, París.
- Wolton, Dominique
 1997 “La comunicación política: construcción de un modelo”, en *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona.
 1997a “Los medios: eslabón débil de la comunicación política”, en *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona.
 1999 *Penser la communication*, Flammarion, París.
- Zemelman, Hugo
 1989 *De la historia a la política*, Siglo XXI editores, México.

Artículo recibido el 23 de abril de 2003 y
 aceptado el 7 de mayo de 2003